

«pliegues y repliegues» de su personalidad que él supo explorar y descubrir como nadie.

Si no son corrientes, no son menos densos a veces algunos elementos patéticos que le dan al «*Journal Inedit*» una fuerte atmósfera angustiada, cuando ellos acusan su presencia, sobre todo cuando Jules Renard se refiere a sus familiares: su padre que se suicida por temor a la vejez; su madre que muere ahogada; la muerte repentina de su hermano mayor, etc.

Para terminar, diremos que en «*Le Journal Inedit*», de Jules Renard está su vida íntegramente. Nada mejor, entonces, para conocerla que sus páginas abundantes y bellas.—A. T.



ESPAÑA, por Ilya Ehrenburg.

He leído con fruición el libro caricaturesco de Ehrenburg sobre España. Y digo caricaturesco, porque la verdad puede ser caricatura. Abundan en él los rasgos desmesurados, excéntricos a veces, «grossis», «a la pointe sèche», vigorosos en él y sintéticos. ¡Vamos! que esto no es Sousa Costa, ni Maurice Barrés.

La anécdota también tiene su parte; la anécdota que en Ehrenburg es trazo certero. Aprehensión de vida. Ahondamiento interior.

¡Qué bien ha sabido captar el escritor ruso algunos aspectos del alma española! ¡Qué bien! Al lado de otros que le escapan totalmente. El temperamento es mucha cosa en obra de tal enjundia. Y el punto de vista. Y la errónea información.

Cuán difícil es conocer un país. Y cuánto más difícil es aún comprenderlo. Por eso si el escritor soviético destaca dos cosas sobre el teclado vivo de donde su crítica arranca extrañas sonoridades—bondad y dignidad de España—agradezcámosle la intuición maravillosa que nos ha hecho gustar tales excelsitudes.

Bondad y dignidad, los dos rasgos más distintivos del alma española.

España es toda pasión. Y por eso más que el lirismo de Barrés o el historicismo de Frank, el libro de Ehrenburg nos da una más auténtica imagen de una España traducida por un apasionado como el.

Ehrenburg no ha querido hacer un libro totalitario, de colectiva crítica. A él le basta con la impresión grabada al estilete, por una honda sensibilidad como es la suya, adiestrada en el oficio de la crítica social, pero maestro en sinceridad inalterable y rotunda.

Las cosas que él dice sobre la gobernación de España y su naturaleza, están muy bien observadas. Cala hondo. Igual comprensión en el aspecto social y en la trabazón orgánica, como en los políticos juzgamientos. Ya no va tan bien, y, a veces desbarra, en ajetreos de arte, y en las entretelas de un alma tan rica y compleja como la andaluza, por ejemplo. Amigo y admirador de Goya, el mejor guía que tiene y ha tenido España, nos parece su agresividad para con el Greco.

Una cosa no ha hecho resaltar Ilya convenientemente, y es la raza, a mi juicio, con la germana, la mejor del continente. Raza noble y recia, físicamente impoluta, aun a través de las pesadillas de Goya, sin conciencia de sí misma, desgraciadamente, raza que no se conoce, pero que para el bien del mundo renace. Acierto: el gobierno de España es difícil para los autoratas, es más adverso el habérselas con un pueblo de torería, garboso y macho como éste, escurridizo como el pez en agua aceitosa. «A los confiados españoles se les puede hacer luchar contra un molino, haciéndoles ver que es un enemigo. Pero lo imposible es convertir un hombre en molino, pues el no girará con las manos como si fueran aspas». Regocijador para lectura de Fuehrers y Duces...

Es, por otra parte, España el país de la paradoja. Delicadeza y brutalidad son vecinas, y hasta primas hermanas. El hom-

bre que hoy acaricia un pajarillo y le canta las más finas endechas, puede mañana incendiar un cortijo o quemar un convento. El comunista más fanático jugará hasta la vida—propiedad apreciable hasta para un comunista—por llevar en sus hombros a la Virgen de las Angustias. Y la Guardia Civil está codeándose con la sonrisa luminosa y ancha de la gitanería, y la llama espiritual retorcida y barroca de los éxtasis de Santa Teresa.

La Guardia Civil que es un símbolo de España. Más bien su alegoría y caricatura. Porque traduce su injusticia social, la falta de educación de su pueblo, la indolencia de los que esperan defender lo suyo con mano ajena. Su sola existencia sonroja por lo necesaria. Y, reconozcámoslo lealmente también, el único sentido de disciplina que impera en la vida española.

Cuenta Ehrenburg que una vez en Madrid un pilluelo harapiiento, le obsequió con la más fina sonrisa un caramelo. Y el comentario emocionado: «Esta gente sabe que una sonrisa es para el hombre mucho más importante que una peseta». ¡Cuántas sonrisas como esas se ven por España!

Yo extrañaba que no se notara allí la desocupación. Es el único país del continente europeo en que pueda notarse esto. Y luego supe que el obrero y el campesino españoles compartían su mendrugo de pan, y su cobijo, y sus monedas de cobre con los sin trabajo. Por eso no se nota la desocupación en España. ¡Qué caridad tan pródiga, cuán delicada la ayuda! Porque este pueblo sabe ser mucho más delicado que los más refinados de las otras metrópolis europeas. España es eso, bondad, compasión, sentido humano. La cabeza puede ser mala, pero el corazón es de oro.

Decía que Ehrenburg ha observado bien. Pruebas al canto. Acotación suya es ésta: «El sonido del dinero allí aun no ha apagado la voz humana». Aquí la anécdota corroboradora es mía. Cuando M. Herriot, Presidente a la sazón del Consejo de Ministros de Francia, visitó a Madrid en el año 32, se le arregló una visita extraordinaria al Museo del Prado. Toda la mañana



el Museo, cerrado para el público, estuvo abierto sólo para el distinguido visitante. A la salida, en la puerta que da a Atocha, Herriot se detuvo, sacó su billetera, y alargó a los porteros que hacían guardia desde la mañana, sendos billetes de a 100 francos. Pero sucedió algo que dejó estupefactos a M. Herriot y acompañantes: los porteros muy cortésmente se negaron a recibir propina, y diéronle las gracias. Gesto muy español, y que ¡ay!, sólo se ve en España. En la patria de M. Herriot, «la ruce» habría sido espantosa.

Así esta noble nación hidalga se nos aparece en el libro de Ehrenburg en estampas polifacizadas, en donde hay chasquidos de tralla, y emoción profunda, acentos de declamador social y de eslavo timbre, errores y minucias, desfocamientos, pero sinceridad, sinceridad a toda prueba. No le gustan a Ilya las grandes urbes de España: Barcelona, Madrid, Bilbao, Valencia. Yo creo que no le gustan las de ninguna otra parte. En ellas, el alto parlante y la victrola y la pantalla no hacen sino encubrir la vacuidad y el hastío del mundo moderno. Habrá en España los mejores cines, las mejores carreteras de Europa, Madrid será una Viena jocunda, Barcelona un Bordeaux deslavado. Para Ilya, «los caballeros están en medio de las piedras y de la noche».

Para nosotros los americanos, el libro de Ehrenburg, curiosísimo, es un aporte valioso para nuestra propia introspección y medida. Nos parecemos con España más de lo que creemos. Aunque nos disguste, aunque «nous sin gions l'americain et le francais».

Dejémonos de niñerías. España es la reserva espiritual del mundo. ¡Dios salve a España!—RAÚL RAVANAL.

